

ESCOLÁSTICA DE MORA

SP

SILENCIO
PROHIBIDO



Silencio antes de nacer, silencio después de la muerte, la vida
es puro ruido entre dos insondables silencios.

Isabel Allende, *Paula*

No distingo tu silencio y el mío.
Ya no sé dónde empiezo yo
ni dónde terminas tú.
¡Qué más da si somos uno!

Ulises, me pesa el silencio. Me estoy suicidando por dentro. Me evade la imperiosa exigencia de saquear todo lo que contiene el arcón de mi interior, las memorias revueltas, secretos inconfesables y basuras infamantes. Pero no es que no encuentre ímpetu para enseñártelos, es que no me sale la elocuencia, bloqueada de alma, mente, cuerpo y corazón, como un río en plena sequía debido a los sucesivos problemas personales que me tienen desconectada de la sinapsis neuronal. Desde entonces llevo un lustro sin esbozar una sola letra y mucho menos leer, íntegramente inactivada.

Da la casualidad de que el padre don Casimiro es la cuarta persona que me lo ha pedido sin cortarse:

—Concédame un libro sobre nosotros, cuando yo ya no esté.

—¿Para qué?

—Usted debe sus memorias al silencio. Tiene que canalizar su frustración y talento en la novela, desmontando tabúes, mitos, prejuicios, restricciones sociales y todo lo que le venga. Denun-

ciando las injusticias. Transforme sus miserias en oro. Sé que lo hará con un estilo refinado, prodigioso e impar. Tómelo como un ejercicio de destrucción. Reconcíliese consigo misma en la escritura. Expresa el barullo en la jerga que lleva en su interior para que se dé cuenta de lo grandiosos que son los silencios que hay en esta atmósfera terrestre. Solo usted los ve y nadie más, como si se tratasen de fantasmas. De nuestra novela le pido una sola cosa: respete su lenguaje embrollado y descarnado. Sea usted misma.

—¿Cómo voy a reconciliarme conmigo misma si esa Escolástica del pasado no tiene nada que ver conmigo en el presente? —le critiqué sin estar de acuerdo—. Nunca conseguiré empezarlo. Cuando era una niña, creí que con un libro mío podría cambiar el mundo a mejor, empero hace un porrón de años dejé de creer en él, ¿sabe?

—Entonces me considero un fracaso como maestro —se definió con dureza para mi rabia.

De lo que no se da cuenta es de que, aparte de mi lasitud y de mi bloqueo mental, no tengo más opciones que esforzarme por aprovechar las horas tan intempestivas para agarrar el palo del boli cuando todos están sumidos en el bendito sueño. No es nada fácil ser el pilar de la familia, trabajar en condiciones infrahumanas y escribir inútilmente en la madrugada, porque la escritura requiere solitud, concentración y aislamiento sin interrupciones y he procurado estar a la misma altura en las tres cosas, sin vivir.

Ulises, no lo voy a escribir para publicarlo, sino exclusivamente para ti, para mí y para don Casimiro. Pero serás mi único lector. Solo tú y nadie más.

Por cierto, no será un libro de superación, mucho menos equivale a *El grito de la gaviota*, de Emmanuelle Laborit, sino que cuenta la búsqueda del haz y del envés de mi silencio.

—España necesita que alguien como tú remueva el gallinero —me requirió el nefelibata B. poco antes de morir refiriéndose a mi futura novela.

B., un conspicuo artista polifacético y versátil, pintaba y tallaba igual que corría: rápido y sin respiro. Quizás corría así porque intuía que se le agotaba su tiempo con el arte. Es lo que me pasa ahora con esta misma sensación inquietante. Igual quiero correr sin sentir el suelo, con angustia por no haber creado aún nada a la altura del ventarrón de imágenes y de historias que se agitaban febriles en mi mente; de ahí tiene que surgir mi relato.

Escribo en cuanto tengo la oportunidad, en cualquier lugar y hora, impresiones, comentarios, notas en las hojas mal dobladas por la mitad que siempre llevo encima en el bolso y en los bolsillos de los pantalones y que tengo la manía incorregible de romper después. Me corrijo y me rompo. Me reescribo con la letra ilegible de la distorsión para que nadie pueda leerme y me trizo otra vez. Nada de mí se salva por escrito. Voy dejando montones de pedacitos de papeles rotos por el suelo, las mesas, los cajones, el sofá, debajo del colchón. Esos papelitos nunca fueron pasados a máquina. De ningún modo quiero ser libro para reescribirme, variarme tantas veces como sea necesario, agregar o prescindir de páginas. Por ti decido hacer un copioso y diario esfuerzo para ponerme delante del pobre portátil deteriorado por el alzhéimer, sin la mitad de las teclas, y mecanografiar a ciegas unos cuantos caracteres que se juntan por sí solos.

No estoy de acuerdo con los escritores y pintores que afirman, en un alarde de delirio somero, que la literatura y la pintura pueden curarnos de todo. En mi caso, no porque me resquebrajo por dentro y se me viene abajo el mundo. Es que no hay palabras para todo, ni para la curación ni para la segregación y el sufrimiento. Las injusticias inefables no se pueden contar. No se explica que es el rechazo social, la impotencia de no poder ser uno más, la marginación insondable. Tampoco soy capaz de volverme en contra del silencio.

A fuer de que te defraude mi persona catastrófica o decepcionarte con nimiedades que no están a la altura literaria, te aseguro

que después de leerme no me verás con los mismos ojos y me eliminarás de tu vida, como mil veces me dijiste, sin pelos en la lengua, que estuviste a punto de hacerlo. Bórrame. Y *bye bye*.

Lo que escribo es lo que aprendí del padre don Casimiro, pero fue B. quien me enseñó lo humano y lo inhumano de las ventanas imperfectas.

«¿Qué ventanas?», te preguntarás, mi Ulises, y muy raras veces te he mentado sus nombres.

Reflexionándolo con detenimiento, no sé si he acertado con el título de esta novela, *Silencio prohibido*, porque descubrirás que es una suerte de tierra de nadie en donde la autora y el único lector estarán solos por medio de la tinta. O acaso debería titularla *No soy sorda, soy Silencio*.

Por cierto, el silencio nos regaló a ti y a mí la audacia y la tenacidad, la intuición sobrehumana, una facultad intelectual extraordinaria, la capacidad de superación, una curiosidad innata que nos lleva a querer saber más y de todo. Descubrimos expectantes que podemos con todo. Como binomio imbatible, de ti aprendo lo que me falta por aprender: a retar terca contra las limitaciones. Si alguien le ha dado sentido a mi vida ese eres tú. No te he dado las gracias decentes, como tenía que ser, por rescatarme y proporcionarme una vida nueva a través de la escritura. Me tendiste la mano y la agarré fuerte. Si no fuera por ti, no sé qué habría sido de mí, porque me sentía definitivamente acabada en todos los aspectos. Que sepas que sin ti no existirían estas líneas y las que vendrán luego, aunque estén dirigidas a otras personas.

Apaga tu audífono y sé silencio para leerme. ¿Preparado ya, cielo mío?

Bienvenido, Ulises, a mi ventanuco...

¿Qué sería de la vida sin retos?

Sin desafíos no hay vida.

Tras el aparatoso accidente de tráfico, al que sobreviví por los pelos, a Miguel le ha costado mucho convencerme de volver al refugio campestre de B., en los Pirineos franceses, para mi recuperación durante unos días con el padre don Casimiro.

El sacerdote don Casimiro nos espera altivo en la puerta de la casona solariega, con sus ochenta años amarrados a la vida. No puedo reprimir la alegría de volver a verlo y bajo la ventanilla del coche con la sensación de que B. está allí, vivo, aguardando mi llegada dentro de la casona.

—Un gran placer de verla de nuevo, señora —exclama en francés primero y luego en español. Su solemnidad sigue indemne.

Miguel me ayuda a apearme del vehículo y me sujeta del brazo mientras caminamos. El andar torpe y mis profundas ojeras negras delatan el peso del abatimiento detonante. Me llevan a tu pieza y me abandonan a espetaperros.

Lloro en mi soledad. Si pudiese detener las agujas del reloj para recobrar el aliento sin dejar pasar días, lo haría. Como si oyera el

chirriar de la puerta y los pasos, levanto la cabeza cada vez que entran a dejar o retirar la bandeja de comida en la mesita de noche. Inmutable, soñolienta y fatigada, no pruebo bocado. Ignoro la frecuente pose de la mano cálida del sacerdote sobre mi frente.

Al tercer día, pese al extremo agotamiento, paseo por la casona con los folios bajo el brazo y subo a la buhardilla a buscar a B., por si estaba sentado en su sillón, tal y como lo vi la última vez después de muerto, pero no estaba. Cuatro años después de su ausencia, todo permanece intacto, cada cosa en su sitio.

La insólita y redondeada ventana de la buhardilla me invita, galante e insolente, a describir lo que veo en su horizonte abismal, que es mi propia existencia. ¿Cuántos renglones tengo que encaminar para encontrar rastros de lo que fui? Puede que una vez hurgue en mi interior, la escritura adquiera un nuevo significado, más profundo e intrínseco, o me perforo otra concavidad en la espiritualidad. No lo sé y debo averiguarlo. Extiendo los folios en la alargada mesa maciza de pino.

¿Qué puedo revelar y qué partes me guardo para mí? No tengo ni pajolera idea de dónde y cómo terminará este viaje que inicio ahora y que podría durar años.

—Obnubilaré estas hojas desnudas —murmuro medio ida.

—¡Escribe a vuelapluma y sin flagelarte! —oigo exclamar fuerte a B., como un tambor africano.

Con frecuencia olvido quién soy.
Soy más que silencio.

¿Quién soy, B.? Prácticamente nadie. O debería decir de sopetón que soy Silencio y no siento los cuarenta y tantos febreros que me marca el calendario.

¿Cómo que Silencio?, ¿en qué sentido? Nadie me va a entender, puñetas.

No me da la gana presentarme en cristiano, decir que soy Escolástica y que nací jodidamente con cofosis bilateral. No pertenezco a ninguna etiqueta ni ideología ni asociación, que me ponen de muy mala hostia. Mi incongruente y estúpido estereotipo de sorda ha sufrido múltiples retoques de cirugía plástica por el Estado español durante cuatro décadas: primero, subnormal (debajo de normal), que se sustituyó por sordomuda (sin oídos y sin lengua) para dar paso a sorda, más modernizado (sin oídos y con lengua). Más tarde, de repente, me colgaron otro cartel modificado: minusválida, que me sonaba del latín y significa ‘menos válida’, como si valiésemos menos. Incluso me tildaron de inválida (no válida). De minusválida pasé a discapacitada (no capacitada).

En la actualidad, está muy mal dicho llamar a una persona discapacitada y hay que decir correctamente, con más finura, tacto y sensibilidad, con discapacidad. Ahora mismo no me he adaptado todavía a esta reciente y excéntrica etiqueta en boga: persona con diversidad funcional. ¿Eso hace referencia a cualquier tipo de discapacidad? No me molesto en averiguarlo, cansada de estas chorradas insultantes que han sido usadas en el lenguaje administrativo, médico y educativo en toda mi existencia.

Qué cachondeo tanto cambio copernicano de marcas institucionales. ¿Cómo será el próximo nombre de mi estereotipo desfigurado por tanta cirugía absurda y farisea? Ningún término nuevo que vendrá después será apto y mucho menos políticamente digno para mí, porque la mismísima vida libre no conoce palabrerías, rollos y mierdas de prejuicios peyorativos ni cuños de hierro candente en la tez como las vacas y las ovejas.

Qué mal comienzo para esta novela, ¿verdad, bonito?

¿Es posible resumir toda mi vida en un solo adjetivo?

Vamos a ver, concéntrate, ¿por dónde empiezo? Diría lo más breve posible: «De la nada comienzo hacia la nada». Y punto final.

«Venga, haz un mínimo esfuerzo, Escolástica. La etapa turbulenta que te regalé es el caldo de cultivo excelente para que un escritor pueda probarse a sí mismo y ante el mundo», me recalcaste.

Primero, no tengo tablas ni técnica para verter mis miserias en este cubo de libro y, segundo, no soy escritora, pero necesito echar un vistazo por escrito a los espacios rotos y a las esquinas afiladas del pasado desde todos los ángulos posibles de mi punto de vista, sin lloros tontos, sin mayores aspavientos, sin miedo absurdo, sin culpas de criminal, sin temores del qué dirán, sin taquicardia, sin tibiezas, sin sufrir lo que ya sufrí. Depende de cómo veas al pasado desde dónde sea, a sol o bajo la sombra, las perspectivas pueden variar drásticamente y no son las mareas de vesania. Tu visión se va extendiendo más allá, con los pros y las contras de cada cosa.

Puede que te oigan «azul» y en otro momento «jaldo». Son los sentimientos disruptivos que transmutan en cada etapa de tu vida. Es lo que me está pasando a mí.

Querías que yo, por escrito desde mi burbuja ajena a ruidos, dé formas fantásticas, estilos rematados, aromas agrestes, sapideces picantes y colores combinados al concepto de silencio, en contraste con sus percepciones extrañas, sus sensaciones inenarrables, los sueños desperdiciados, las pamemas inmoderadas, los rescoldos de culpa, los actos ilícitos, los delirios somáticos, el miedo herrumbroso, los pensamientos inverosímiles, que hagan meditar y mirar la realidad bajo otro prisma a los oyentes banales.

Querías que yo fuese Silencio indómito que no admite censuras ni cesuras, libre de prejuicios. Que el mundo entero me lea. Algo que no comparto en absoluto contigo, bonito mío.

Analizándome fríamente, en el papel soy muy desordenada, plétora de defectos, natural, cruda, descompuesta e imperfecta, con descomunales fallos inherentes de mi lenguaje particular de silencio.

¿De veras tengo una vida interesante que merece la pena ser contada? Sé que podría ser mucho más impactante si ordenara la vastedad de mis recuerdos. ¿Por dónde la moldeo? ¿Cómo darle forma? Me horroriza mi autocensura, pensando en las repercusiones que podría tener y a quién molestaría, en el daño inexorable a la familia y los amigos. ¿Qué familia, si nunca la he tenido? ¿Qué amigos ilusorios me darán la espalda? No tengo nada que perder por novelar, si siempre he estado sola.

Podría iniciar que el silencio es una barca desapercibida de madera carcomida que divaga fuera de la ruta, a punto de naufragar. Acostumbrada a los embistes de las olas furibundas y al maltrato del viento, no se encastra en ningún puerto ni se adapta a ninguna tierra. Navega solitaria, a tientas, sin rumbo fijo. Los barcos pasan de largo sin miramientos. ¿Cuántas veces se ha dicho

que va a naufragar de un momento a otro, que está destinada a sumergirse en las profundidades del océano? Esta barca soy yo.

¿Vale la pena ponerme de nuevo rumbo a lo desconocido? Dudo si mi barca astillada está lista para la partida, pero ¿qué itinerario marítimo debo tomar? Depende de cómo se vaya a trazar mi vida en el transcurso... Me da la impresión de que mi silencio no dará la talla decente que exige mínimamente la literatura y que no voy a poder llenar nada estos folios ulteriores, un vacío maldito, tal como soy yo exactamente, bonito. Soy vacío, B., de limitaciones.

Bañarme en la escritura me permite contrarrestar la pesadez del cuerpo, la lentitud mental, las jaquecas y un pestilente malestar de cuando estamos sometidos a los fármacos fuertes. O sea, que me da igual si está bien o mal escrito para no frustrarme o sufrir, lo que me venga...

Tu libro de silencio necesitará arqueólogos
que sepan rascar en las palabras
y dar con los tesoros ocultos tras las letras.

La ventana de la buhardilla está abierta y entran puñados de granizo, agua torrencial, relámpagos centelleantes, viento alisio, qué preciosidad, hasta olores intensos del bosque y leña quemada. ¿Cómo serán los ruidos de la meteorología? Para mí cada aroma silvestre es un sonido desapercibidamente rumoroso. El diluvio hipnótico tiene el don de reconciliarte con la vida y te empapa con su energía renovable, empero también es el alimento imprescindible y el sexo salvaje de la naturaleza, a la que aviva y palpita con frenesí.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué haces? —Miguel me rompe el encantamiento con sarcasmo—. ¿No estarás pensando en nuestro *jodío* libro que mentaba siempre el alabancioso de B.?

Sonríó con indulgencia.

—¿Has empezado? —Echa una rápida ojeada de reprobación a las hojas extendidas en la mesa.

Respiro y tomo impulso.

—Después del accidente de tráfico, en estos días he descubierto que de silencio he pasado a vacío. —Su rostro no deja traslucir ninguna emoción, como si no me hubiese escuchado. Se vuelve al horizonte azotado por la furia descomunal de la tempestad y cierra la ventana redonda—. Escribir no te hará ningún bien. —Veo en su mirada las abrasadoras llamas amenazantes—. Los escritos sobre las cosas inconfesables serán tu ruina, tu sarcófago.

—Estoy contigo. —Finjo estar a su favor para no discutir.

—Prométeme que no lo harás, aunque el destino nos contradiga.

Asiento, aquiescente, con la cabeza.

Mamá me suplica reiteradas veces que me abstenga de escribir, sin comprender mi acuciante necesidad de impregnarme de la escritura. A ella también la engaño respecto a mi dissentimiento de la literatura.

Perdóname si no llego a tener agallas para rasguear con mi sangre estas páginas.

Coge las cáscaras de tu silencio
y conviértelas en una gran novela.

Mamá, me contabas hasta la saciedad que, en cuanto me viste por primera vez dos horas después del alumbramiento, te asustaste mucho. Yo era un ser deforme, sin frente y sin la mitad de la cabeza. Mi cráneo, desde las cejas hasta las fontanelas, estaba monstruosamente chafado, como una pelota deshinchada. «¿Qué le pasa a la niña?», gritaste horrorizada sin haber visto nada igual. A la comadrona, muy arisca, no le dio la gana de contestarte con un bufido irritante; o me sacó de tu vientre aplastando el cráneo con la fuerza descomunal de sus dedos masculinos o me deslicé de sus brazos y me estrellé contra el suelo.

No hay fotos de mis primeros meses de vida, pese a que le compraste a papá una cámara fotográfica en el noviazgo. Y tampoco hay tantas de mi infancia, solo un puñado. Mi nacimiento no fue un acontecimiento transcendental para nadie, ni tan siquiera para papá, muy quemado de los pañales, los mocos, los vómitos, las papillas y los biberones, que ya te dejó claro sin que lo captaras que había sido padre de siete mocosos y no lo iba a ser otra vez de mí.

A la semana de nacer, mi cráneo deformado recuperó su forma natural conforme se iba endureciendo el hueso y te olvidaste enseguida de este percalce.

Con mis tres meses, comenzabas a notar algo anormal en mí que no lograbas advertir por mucho que te esforzabas en ignorar. Con tus llamadas a mis espaldas no me giraba como lo hacían tus sobrinos, absorta en lo que me rodeaba. Mucho menos me sobresaltaban los ruidos fuertes. Cada vez que te tenía de frente, percibías que mis ojos, prominentes y ávidos, se sostenían en tus labios cuando me hablabas, guiados por el puro instinto de supervivencia. Como te respondía con mis sonidos ininteligibles, te autoengañabas, como un mantra, que tu sospecha no tenía fundamento y que yo oía, aunque no del todo. Había días en los que albergabas esperanzas y otros se recobraba con fuerza tu suposición temible. A los seis meses, tu intuición maternal te confirmaba determinante mi sordera, pero no te imaginabas el silencio sin fondo en el que me hallaba sepultada e insistías al pediatra que me mandase al hospital barcelonés, quien, en principio, se negó rotundo alegando que era muy pronto y que no se sabría mi supuesta sordera hasta que yo tuviese al menos tres años. Al final, ante tus protestas latosas y el enfado ingente de papá, el doctor accedió de mala gana.

Tengo un vago recuerdo de una locomotora a vapor motorizada de juguete que circulaba silbando por montañas, bosques, pueblos y ríos en miniatura detrás del cristal, y yo tenía que pulsar el botón cada vez que esta maquinaria emitiera un pito en diferentes niveles sonoros. No me inmutaba ni ante el silbato más estruendoso e intermitente que expulsaba la locomotora, seducida por las vueltas automáticas que daba por el paisaje colorido.

Después de una batería de exámenes médicos, al fin tenían mi contundente diagnóstico:

—Su hija está afectada de hipoacusia de percepción profunda bilateral irreversible. —El otorrino te lo repitió ante tu bloqueo

total—. No tiene ningún resto auditivo, es cofósica. De cada tres mil personas sordas, una es cofósica.

Con el diagnóstico contundente del médico, «sin restos auditivos», se hundió la tierra a tus pies y te preguntaste atormetada cómo podrías contarme los cuentos de tu abuelo materno. De manera natural, intuías que yo te entendía a través de los ojos y desde entonces no cesaste de hablarme. Aprendimos mutuamente, tú mi jerga de silencio y yo tu dialecto andaluz, cerrando nuestro maravilloso vínculo, un mundo al que nadie tenía acceso. Eras mi yo y viceversa, dos egos bien combinados en uno. Eras mis oídos y yo tus ojos. Explorabas mi esfera de silencio y yo tu selva de sonidos, donde exteriorizamos y descubríamos juntas los astros y los asteroides atrayentes.

Los profesionales sanitarios no acertaban a explicar el insólito fenómeno de mi pronunciación de la *i* con total perfección, la vocal más compleja de todas, pues niños de dos o tres años con mi sordera no tenían la aptitud de emitir y articular este sonido.

—No es inteligente, es superinteligente —se atrevió a reconocerte, pasmado, el especialista; un calificativo inadecuado para reseñar a una criatura sorda, puesto que la cofosis es una mancha cancerosa y devastadora en mi razón.

Otros se sorprendían con el hecho de que el parto no me hubiera causado más daños neurológicos, pues los niños que compartían mi sordera sufrían además otras discapacidades, tales como parálisis espástica, problemas de coordinación motora, dificultades de aprendizaje, lenguaje y atención o leve ceguera, etc.

Uno de los doctores te desconcertó: era preferible mil veces que yo fuera invidente a cofósica, pues me respaldaría la todopoderosa ONCE, con acceso a la educación universitaria; en cambio, como cofósica, andaría al desamparo por peligrosos vericuetos sin medios ni apoyos irrestrictos para mi supervivencia. No decidías, dubitativa, cuál de estas dos discapacidades era más temible y no me imaginabas ni ciega ni sorda.
